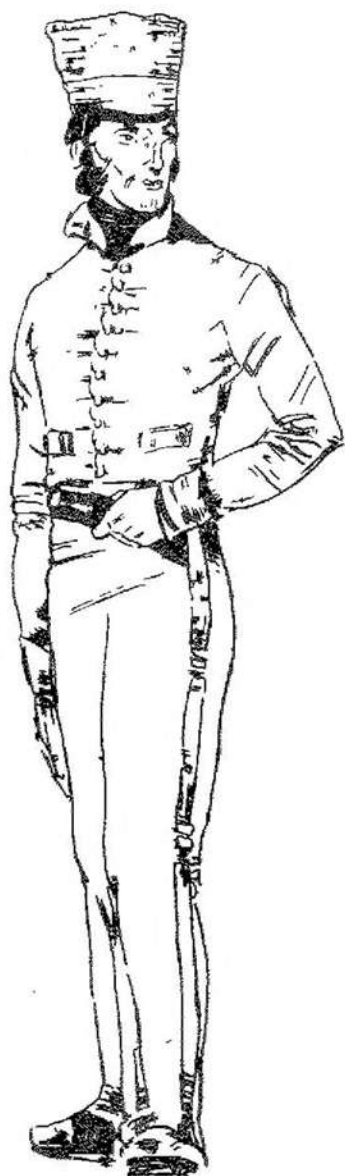




SUCRE ESTADISTA Y DIPLOMATICO

Dr. CARLOS RESTREPO CANAL

PRIMERA PARTE
1795 — 1820

Cuando se va a referir la vida y los hechos de un hombre de estado ha de situarse el historiador o biógrafo dentro del ambiente político de la época del personaje de quien ha de ocuparse. Aquella en que vivió Antonio José de Sucre se caracteriza por su perpetua agitación y por su constante lucha en pro de un ideal patriótico. Empero, dentro de tal período histórico existie-



DOCTOR
CARLOS RESTREPO CANAL

Nacido en Bogotá; bachiller del Liceo de Pío X y doctor en Derecho de la Universidad Nacional. Es miembro Numerario de la Academia Colombiana de Historia, del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, del Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo" de Colombia, del que es director; de la Sociedad Bolivariana de Colombia y de la de Sevilla (España); miembro titular del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua, de la Real Academia de la Historia de Madrid, del Instituto Histórico y Geográfico del Paraguay, del Instituto de Estudios Históricos del Paraguay y correspondiente honorario del Instituto Internacional de Ideales Americanistas de California.

Es Caballero de la Orden de Isabel la Católica y Caballero del Corpus Christi en Toledo.

Ha concurrido a los siguientes Congresos Internacionales: Delegado de Colombia al Congreso Ibero-Americano de Archivos, Bibliotecas y Propiedad intelectual, reunido en Madrid en 1952 y al de Cultura Hispánica, igualmente reunido en la misma ciudad y en el mismo año; Delegado al Congreso Hispano-Americano de Historia, reunido en Cartagena en 1961, y Delegado al Congreso de Cultura Hispánica reunido en Madrid en 1962.

Ha ocupado los cargos de Secretario Auxiliar de la Cámara de Representantes, Secretario del Consejo de Educación, Director de la Sección de Incunables y libros raros y curiosos de la Biblioteca Nacional, Cónsul de Colombia en Sevilla y actualmente Director del Archivo Nacional.

Ha escrito numerosos estudios y ensayos de carácter histórico y literario.

ron dos etapas distintas; en la primera se vivía en trance de heroísmo para sostener la causa de la independencia, que era el ideal por el cual se luchaba. En ella la pugna entre las opuestas aspiraciones era menos notoria; los ánimos más acordes, unidos en el propósito de alcanzar el fin deseado.

En la segunda etapa, obtenido ya el propósito que unía las voluntades, guiadas por el genio del hombre que dirigía el movimiento emancipador, se llegó al momento en que debía darse al país independiente una organización acorde con las opiniones políticas de sus libertadores, y en ella se pusieron en juego las opuestas ideas políticas y las ambiciones de mando.

La primera etapa fue de grandeza épica; se vivía en trance de heroísmo; la segunda fue de pugna política enconada: de choque de ambiciones y de tendencias antagónicas, y se fluctuaba entre la anarquía y la dictadura; entre el militarismo impositivo y el civilismo que aspiraba a una libertad que rayaba a veces en desgobernio.

En estas mismas parcialidades se señalaban nuevas divisiones o subdivisiones y matices de opinión. Las ideas, y acaso más que ellas las aspiraciones personales, y sobre todo los odios políticos irreductibles, agitaban la escena pública y alteraban la paz de la nación.

El civilismo moderado de una parte y el exaltado y extremista de la otra, bajo el común y general denominador de liberalismo, o sea, de escuela política adicta a la forma republicana de gobierno, constituía una de las tendencias o partidos políticos. Sin embargo, esta corriente civilista de la opinión tenía dentro de sus adeptos una no escasa porción militar, que a su vez se subdividía en moderados y exaltados.

El militarismo o partido opuesto, denominado colombiano o boliviano,

tenía a su vez dentro de sí elementos enteramente civiles, hombres de letras y no de armas, juristas sobresalientes que aspiraban no menos al orden republicano y a la libertad, ordenada y justa, como sus contrarios.

Así como Bolívar fue dentro de la época heroica y batalladora el centro de la epopeya militar de la independencia, fue luego en la segunda etapa de la vida nacional la causa de la pugna política. Los colombianos, esto es, quienes aspiraban a que perdurase la obra de Bolívar representada en la integridad de Colombia, eran sus apasionados y entusiastas partidarios, y por ello se les llamó los bolivianos. Los liberales moderados, aunque disintieran de la política de Bolívar, le respetaban y admiraban como en la era de la guerra de la independencia, aunque muchas veces reprochasen con duros términos su actuación y su pensamiento de gobierno; los liberales exaltados, civiles o militares, lo aborrecían y se habían constituido en sus acérrimos enemigos.

Este era en síntesis el conjunto del revuelto campo político en que actuó el guerrero y hombre de estado de cuya personalidad y de cuya actuación nos hemos de ocupar.

Nació Sucre precisamente en aquellos días en que los precursores del movimiento separatista lo iniciaban: Nariño en el Nuevo Reino de Granada en 1794, y en Venezuela, poco después, Miranda. Este precisamente en ese año de 1795 había sido puesto en libertad en París, el primero de enero, después de ser juzgado por segunda vez a causa de las acusaciones hechas ante la convención francesa por sus adversarios o declarados enemigos.

De esta división de tendencias políticas, dentro de la cual no faltó la monárquica, tanto en Colombia como en otras naciones hispanoamericanas, surgió la concentración de las ideas

políticas en los dos grandes partidos, que han luchado por la posesión del gobierno, aunque dentro de ellos mismos han sido frecuentes las subdivisiones y las diferencias ideológicas o, si se quiere, los matices divergentes de opinión.

II

La primera narración de carácter biográfico de la vida de Sucre la hizo Bolívar mismo, y unió su pluma al sucinto pero completo y hermoso relato biográfico el elogio de los méritos, de los talentos militares, de las dotes de hombre de gobierno y de los dones de magnánimo carácter y de energía que conjuntamente poseía el héroe de Ayacucho. Nos lo muestra allí Bolívar como tímido hombre de estado y como hábil negociador diplomático, además de presentarlo como experto organizador de tropas.

Esta monografía del mariscal Antonio José de Sucre escrita por tan eminente biógrafo en vida del biografado, que ya por sí constituye un alto encomio suyo, apareció impresa en Lima en el año 1825; esto es, poco después de la batalla de Ayacucho y fue reimpressa en el mismo año en Buenos Aires acompañada de dos arengas y de una poesía en que se ensalza al mariscal como libertador de la nación (1).

(1) Primera edición: Lima, Imprenta del Estado, por J. González, 1825, 18 págs. Biblioteca Nal. de Colombia, Bogotá. Segunda edición: Buenos Aires, Imprenta de Expositos, 1825, 20 págs. (Biblioteca Nal. de Colombia, Bogotá, Fondo Quijano Otero, S. 19, Número 12.810). Se reprodujo en edición comparada en la Revista Historia, T. I, número 1, págs. 101 a 110, Bogotá, 1955.

En la edición de Buenos Aires hay una nota que dice lo siguiente: "Hemos creído oportuno agregar a esta memoria las arengas y letra métrica con que se solemnizó la función pública que dieron los patriotas el 26 de febrero de 1825 en honor de los generales de Colombia en la memorable jornada de Ayacucho". La primera arenga es del doctor Gre-

Bolívar en carta de 21 de febrero del citado año, dirigida a Sucre, confirma que salió de su pluma aquel panegírico y síntesis biográfica impresa sin firma alguna. Sin embargo a falta de esta carta el estilo vibrante y elocuente del escrito, así como la estimación que allí se manifiesta por el personaje de que trata, fácilmente hubieran revelado cuál era el autor.

Pertenecía Sucre a una distinguida familia mantuana que se había radicado en Cumaná. Tenía esta familia origen francés, procedente de Godofredo de Sucre, vizconde de Tolosa; mas uno de los miembros de ella, el señor Carlos Adrián de Sucre, bisabuelo del mariscal, contrajo matrimonio en Flandes con doña Isabel Garrido y Sánchez Pardo, y su hijo, don Carlos de Sucre, nacido allí fue designado por el rey de España gobernador de Santiago de Cuba y luego de las provincias de Nueva Andalucía y Guayana, en Tierra Firme. En Cuba casó don Carlos con doña Margarita Flórez Treilles, de cuyo matrimonio nació en Cumaná el padre de Sucre, don Vicente de Sucre. De suerte que al mariscal le llegaban por las claras líneas de su ascendencia francesa y de su sangre española las dotes que lo distinguían (2).

gorio Funes, en honor de Bolívar y de la victoria de Ayacucho; la segunda del representante de la provincia de Buenos Aires, doctor José de Ugarteche en honor de Bolívar y de los vencedores en Junín y Ayacucho. Iguales fines tiene la poesía destinada al canto. Las arengas fueron pronunciadas y la letra métrica cantada ante el obelisco y el busto de Bolívar levantados en la plaza de la Victoria. La poesía dedicada "Al gran héroe" (Sucre) y a Bolívar, concluye con esta exclamación: "Viva Colombia, viva la Independencia, viva Bolívar y viva Sucre".

- (2) Sucre, Luis Alberto; Estudio de las familias Bolívar y Sucre. Carranza, Arturo B. El Mariscal, su archivo, su personalidad, sus restos, Revista Cromos. Bogotá. ■

Don Vicente, que llevó el título de coronel de Venezuela, defendió a Cumaná contra el asalto de la escuadrilla de Lorenzo Fernández de la Hoz, que armada en Puerto Rico atacó a la ciudad en 1813; organizó además la junta de gobierno de Cumaná, que tomó el título de Supremo Poder Ejecutivo de esta provincia cuando se declaró por la independencia. Comandando la expedición marítima organizada para someter a los reaccionarios de Barcelona, se disponía don Vicente de Sucre a invadir por el puerto de Píritu la provincia, dejando allí su escuadra compuesta de dieciocho barcos, y penetrando tierra adentro con el ejército que llevaba, cuando se vio precisado a contramarchar en virtud de las capitulaciones que en La Victoria había celebrado el general Francisco Miranda.

Don José Manuel de Sucre, tío del mariscal, ocupó desde 1812 cargos de confianza en Cumaná y en Caracas, entre ellos la secretaría de estado del supremo poder ejecutivo de Cumaná y la del gobierno del general Mariño, en 1813.

Los hermanos de Sucre, Pedro y Francisco, murieron fusilados como prisioneros de guerra, en 1814 el primero, y en 1817 el segundo; otro de sus hermanos, Vicente, fue asesinado en un hospital; su madrastra, doña Nicolasa Márquez de Alcalá y dos hermanas del mariscal sufrieron persecución y fueron proscritas por su adhesión a la causa patriota y fallecieron en la emigración. Otra de ellas, Magdalena, murió de terror cuando los soldados de Boves asaltaban la casa de su padre en Cumaná.

El hermano de Sucre, Jerónimo prestó sus servicios a la causa de la independencia como jefe de uno de los cuerpos del ejército hasta cuando se obtuvo la completa pacificación del oriente de Venezuela. Fue, pues, una

de las familias más señaladas como servidoras de la causa de la emancipación y de las que más intensamente sufrieron las represalias de aquella dura guerra de Venezuela (3).

Desde su primera juventud ingresó Sucre al servicio de las armas. Nacido en Cumaná el 3 de febrero de 1795, inició en 1808 estudios de matemáticas con el propósito de seguir la carrera de ingeniero militar. Cursó, pues, las correspondientes asignaturas como discípulo del coronel español de ingenieros José Mires. Fueron entonces con-discípulos suyos Agustín y Manuel Florentino Tirado, Piñango, Avendaño, Cáceres, Laynáz y otros que como oficiales de dicha arma constituyeron luego el colegio de ingenieros militares y fueron sus compañeros en la campaña de oriente.

Comenzó su carrera militar Sucre en los años de 1810 y 1811, con el grado de subteniente, otorgado por la junta revolucionaria de Cumaná. Fue ascendido luego a comandante de artillería de Barcelona y en seguida al de oficial científico del estado mayor de los jefes F. P. Ortiz y P. Herrera.

Dos años después de haber iniciado sus servicios militares ingresó al estado mayor del general Francisco Miranda, en la campaña de Valencia y de los Valles de Aragua, en 1814. Allí, a más de poner en práctica sus nociones de ingeniería militar, adquirió más sólidos conocimientos de la ciencia y arte de la guerra bajo la dirección de tan veterano y bravo general, que se había batido en los campos europeos bajo las banderas de la república francesa y bajo las del emperador Napoleón I. Fue ésta sin duda la escuela donde Sucre se comenzó a formar como guerrero y hábil estratega. A mayor altura había de llevarlo el genio

de Bolívar que halló en el joven oficial cumanes excepcionales cualidades de militar y de caballero (4).

Desde Angostura, de donde Bolívar se dirigió a Sucre el 7 de octubre de 1817, le decía que en Maturín había el mejor espíritu en favor suyo y que era "el momento decisivo de destruir la facción cidente y establecer el gobierno en Cumaná. Con este motivo —le anunciaba— yo he pensado enviar a Ud. de jefe de estado mayor de la división Cumaná, la cual será mandada por el general Bermúdez que lo hará con la mayor fidelidad y acierto. Mientras que llega Bermúdez, que debe estar ya en marcha para Maturín, me parece muy importante que vaya Ud. a influir en aquellas tropas y hacerles ver lo que conviene la unión y la obediencia al gobierno. Yo no puedo decir a Ud. a punto fijo lo que debe hacer, porque no sé, a punto fijo, el estado en que pueden estar las cosas cuando llegue Ud. a Maturín. Pero de todos modos le diré lo siguiente:

"Primero, si a Ud. le parece conveniente marchar a Maturín a llenar su comisión, lo ejecutará inmediatamente, para lo cual envío a Ud. una orden, a fin de que el general Urdaneta mande al coronel Lara a hacerse cargo de la plaza de Guayana interinamente hasta que venga su padre de Ud., a quien pienso nombrar en el destino que Ud. tiene ahora. Si Ud. no cree que sea útil a la república su comisión, está Ud. autorizado para suspenderla y no dar curso a la referida orden.

"Segundo, mando a Ud. el nombramiento de jefe de estado mayor de la división Bermúdez, para que Ud. haga de él el uso que le parezca conveniente a las circunstancias y a los sucesos. Si a Ud. le parece no mostrar

(3) Villanueva, Laureano. *Vida de Don Antonio José de Sucre gran mariscal de Ayacucho*. París.

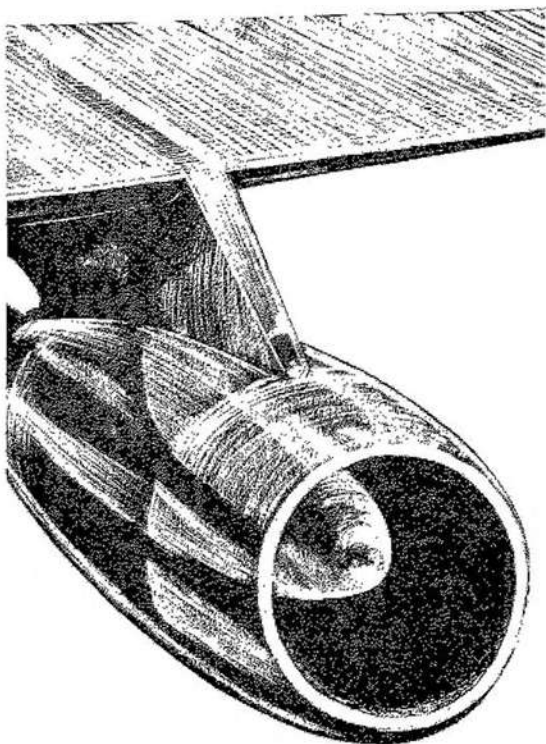
(4) Bolívar, Simón. *Resumen de la biografía de Sucre* antes citada.

ESFUERZO DE COLOMBIANOS



Patrimonio y esfuerzo de los colombianos

**produce
el
100 %
del
combustible
para
jet...**



este nombramiento hasta la llegada de Bermúdez, está Ud. autorizado para hacerlo así.

“Tercero, mando a Ud. en comisión para que pase a Maturín a tratar con el jefe que manda aquellas tropas, para hacerle entender cuáles son mis intenciones y los deseos que tengo de proteger aquella división y la provincia de Cumaná. En una palabra, este documento es una sencilla credencial para que Ud. pueda cumplir su comisión, sin intervenir en nada hasta la llegada de Bermúdez y preparar los espíritus para que el gobierno sea obedecido y Bermúdez bien recibido”.

En la primera parte de esta comunicación decía Bolívar que Mariño no había llegado aún a Maturín, pero que lo esperaban de un momento a otro “para traérmelo —indica— de grado o por fuerza”.

El Libertador había dado orden de arrestar a Mariño y había enviado al general Cedeño a perseguirlo, con orden de llevarlo a Angostura para que fuera juzgado por un consejo de guerra.

Así, pues, en el cuarto punto de estas instrucciones le decía Bolívar a Sucre que en caso de que Mariño se hubiera adherido al gobierno voluntariamente o porque las circunstancias no le hubieran permitido hacer otra cosa, podría Sucre procurar que se completara la unión de Mariño al gobierno. Pero en caso de que no se lograra una completa sumisión de Mariño o de sus tropas, quedaba Sucre autorizado para regresar al cuartel general a darle cuenta de su comisión (5).

Dice O'Leary que Sucre era apenas conocido en 1817, y que Bolívar cuando le confió el mando del sur en 1819, “le había tratado poco y lo conocía me-

(5) Bolívar, Simón. Obras Completas. Seg. edición. Vol. I, págs. 271 y 272. La Habana, 1950.

nos" (6); pero ya puede verse por el contexto de las instrucciones dadas en 1817, que se han citado, que desde entonces, con el criterio de "juez competenteísimo para juzgar a los hombres", que O'Leary le reconocía a Bolívar, había éste sabido conocer las excelentes condiciones que Sucre reunía para desempeñar con lucimiento y acierto la comisión que le daba, y confiaba en él, y puso en sus manos un negocio para el que se necesitaban dotes de tino diplomático, de energía militar y de fino tacto político para tratar a los hombres, y, en especial, a los hombres de armas.

Volvió a escribir el Libertador al entonces coronel Sucre el 19 de septiembre para aprobar los planes de éste referentes a la comisión que le había dado de someter a la obediencia del gobierno a la insurrecta provincia de Maturín. Le comunicaba que el general Bermúdez había salido días antes de San Diego y que el general Cedeño había tomado las medidas más oportunas para adelantar la obra que ambos debían concluir; es decir, la conjuración de la rebeldía existente allí. Tal obra, observaba, se había adelantado mucho, puesto que se había conseguido dividir la facción en Cumaná. Consideraba que Carmona podría hacer mucho por su parte y que cuando más dos o tres solamente podrían ser enemigos del gobierno; a los demás los tenía por afectos".

Recomendaba Bolívar que se recurriera a la política antes que a la fuerza; empero, en carta del 11 de noviembre, en que se refería al mismo asunto, aunque le reiteraba la advertencia de que se procurara arreglarlo todo en forma amigable, autorizaba para em-

(6) O'Leary, Daniel Florencio. *Memorias*. T. II, Cap. XXXIX, págs. 74 y 75. Biblioteca Ayacucho, bajo la dirección de D. R. Blanco F. Madrid. T. II, págs. 68 y 69. Caracas. 1952. T. IV, págs. 14 y 15. Bogotá, 1952.

SHULTON LAVENDER

La Lavanda De Prestigio



- distingue
- refresca
- perdura

De Venta en todas las Tiendas y Farmacias principales

SHULTON

Rockefeller Center - New York

plear los medios coercitivos en último extremo: "La política es la que debe hacerlo todo. Si por desgracia Mariño desconoce su deber, Uds. emplearán todos los ardides para atraer a sus tropas; y si no, procurarán Uds. emplear la fuerza; pero de modo que no sea con escándalo ni perjuicio".

En el primer párrafo de la primera de estas cartas le decía, "No olvidaré jamás las promesas que Ud. me hace, y mucho menos sus deseos de acompañarme en occidente. Ofrezco a Ud. que en cuanto Cumaná esté libre de facciosos y enemigos, le llamaré a Ud. a mi lado, y no lo haré como un favor sino como una necesidad, o más bien por satisfacer mi corazón, que lo ama a Ud. y conoce su mérito" (7).

Se ha hecho mención del pasaje de las **Memorias** del general O'Leary donde se dice que el Libertador, juez competentísimo para discernir el mérito de los hombres, advirtió en Sucre, cuando éste era apenas conocido, las grandes dotes de guerrero y de estadista que le distinguían y que desde 1817, cuando la insubordinación agitaba a Maturín, Bolívar confió a Sucre la delicada misión de marchar a aquel lugar y hacer ver a las tropas cuánto les convenía el mantenimiento de la unión y de la obediencia al gobierno. La solución de este delicado problema que ponía el Libertador al cuidado del joven oficial cumaneño, implicaba ya una misión que tenía tanto de política y diplomática como militar, que se le ordenaba hacer las veces del General Bermúdez mientras éste llegaba a Maturín, pero sin tomar una participación directa en los sucesos. Los proyectos expuestos por Sucre fueron aprobados en la ya mencionada carta del 19 de octubre por Bolívar.

Mariño y Bermúdez habían sido siempre émulos de Bolívar; en ocasión anterior lo habían expulsado del territorio y lo habían obligado a regresar a Haití, y aun habían atentado contra su vida. En esta nueva ocasión Bermúdez le era adicto, pero Mariño se mantenía en rebeldía. Era éste un gran guerrero y envidiaba a Bolívar; quería ser él el primero, el jefe supremo. La comisión de Sucre era difícilísima. Se entrevistó con Mariño y se lo comunicó así a Bolívar. El Libertador en la carta antes citada de 11 de noviembre le dice que ha recibido la suya del 5 de ese mes, en que le participa los asuntos ocurridos con el general Mariño y que se alegraba de que Sucre se hubiera portado con la delicadeza y tino que de él esperaba. "Celebro mucho que Ud. haya visto y tratado al general Mariño del modo que lo ha hecho, sin desesperarlo y con la consideración que él se merece por su conducta en estos últimos días, que me parece bastante favorable; sobre todo si logramos que el general Mariño se reúna de nuevo al gobierno con la sinceridad con que él me ofrece. Yo contesto al general Mariño lo que a Ud. por el oficio y carta. Esta es mi última deliberación y no la revocaré jamás. A ella debe Ud. someterse y hacerla obedecer. Es la única que puede salvarnos, porque el general Mariño no puede servir en el día en Cumaná de modo alguno; y solo Bermúdez puede realizar los planes del gobierno, que se dirigen todos a la libertad general y a la concordia entre todas las partes de la república. Apruebo que a las tropas del general Mariño se les den los auxilios de víveres y demás que puedan necesitar, pues corresponden a la república, siempre que no sean enemigas o traten de hostilizarnos; cosa que estoy muy lejos de creer, según lo que Ud. mismo me dice por su carta. Procure Ud., Sucre, que si no son ami-

(7) Bolívar, Simón. *Obras Completas*. T. I, págs. 273, 274, 275 y 276. La Habana. 1950. Comp. de Vicente Lecuna.

gas estas tropas, lo sean por fin, y sirvan a la patria en lugar de destruirla". En lo restante de esta carta, antes transcrita, recomienda acudir a la forma política y amistosa antes de tener que acudir a la fuerza.

Mariño estaba enardecido por la designación de Bermúdez para comandar la división de Cumaná y por el fusilamiento de Piar, que había sido el triste resultado de la rebelión y del congresillo de Cariaco, al que tantos patriotas, engañados, como Zea y Brión, amigos de Bolívar, se habían adherido.

Bermúdez había recibido orden de prender a su antiguo jefe para que fuera juzgado por su participación en conspiración de Piar. Ante la intimación que Bermúdez le había hecho, Mariño, con las fuerzas que le seguían, se aprestó a resistir, prefiriendo llegar a ser sometido por la fuerza antes que rendirse y volver a la obediencia del gobierno. Enfrentados estaban ya los dos jefes, antes amigos y unidos en análoga rebeldía antiboliviana, y a punto de trabarse en batalla, cuando intervino Sucre en cumplimiento de su misión pacificadora y diplomática. Propuso a los dos generales que se ocurriese Bermúdez al Libertador para pedirle que suspendiera todo propósito de proceder contra el jefe rebelde, esclarecido vencedor en Bocachica, y que éste se comprometiera a retirarse a Margarita, hasta nueva orden del gobierno (8).

Esto fue fruto de las conferencias que con el general Mariño, a la vez que con el general Bermúdez, y con la presencia y cooperación de otros oficiales, había tenido el parlamentario coronel Sucre, pues Mariño, deponiendo sus furores en beneficio de la causa común, se retiró de Tierra Firme y

se trasladó a la isla de Margarita gobernada por el general Arismendi, que era leal y adicto a Bolívar.

Concluía así felizmente esta misión política y militar de Sucre en momentos en que había de iniciarse una nueva etapa, la más brillante de su vida de guerrero y de político.

III

Comencemos el comentario de este nuevo aspecto de la actuación política y militar de Sucre recordando aquella escena que narra O'Leary en el pasaje de sus *Memorias* ya dos veces citado en este ensayo.

Refiérese en el citado relato de O'Leary, que descendiendo Bolívar el Río Orinoco en una flechera, se cruzó en su navegación con Sucre, joven oficial de veintisiete años, que remontaba las aguas del mismo río. El Libertador se encaminaba a Angostura después de la campaña de Boyacá.

"¿Quién va en esa flechera?", preguntó Bolívar imperiosamente al cruzarse con la otra embarcación.

"—¡El general Sucre!", le respondió el joven militar, futuro héroe de Ayacucho.

"—¡No hay tal General!", —replicó enojado Bolívar—. El doctor Zea era quien había ascendido a Sucre a general de Brigada, en virtud de sus servicios y merecimientos en el oriente de Venezuela, mas sin tener facultades para ello; por esto Bolívar negaba la existencia del título y grado con que se designaba Sucre. Ordenó al punto al Libertador que atracaran a tierra ambas flecheras, donde, en conversación con el presunto general, recibió de éste explicaciones satisfactorias. En efecto, Sucre le manifestó que había sido nombrado general porque se pensó que acaso sus servicios lo hacían acreedor al ascenso, pero que jamás había pensado aceptar el grado sin la

(8) Villapueva, Laureano. *Vida de Don Antonio José de Sucre*. Pág. 66. París.

ratificación y beneplácito del general Bolívar (9).

Desde aquel punto comenzó el Libertador a estimar aún más las cualidades de Sucre, y si por un momento sospechó que éste hubiera cometido una falta al aceptar el título sin su aprobación; toda duda quedó barrida ante la patente lealtad del joven general, que ya contaba con la aquiescencia del presidente para aceptar el grado que en justicia merecía y había ganado por su conducta, valor y pericia militar, a pesar de su juventud.

Sucre continuó prestando servicios a la independencia en la provincia de oriente hasta 1819 como jefe de estado mayor de la División Bermúdez; luego como subjefe de estado mayor del ejército del Norte.

Bolívar dice de él que sirvió al estado mayor del ejército de oriente desde el año de 1814 hasta el año de 1817, "siempre —son sus palabras— con aquel celo, talento y conocimientos que lo han distinguido tanto. El era el alma del ejército en que servía. El lo metodizaba todo; él lo dirigía todo, mas con esa modestia, con esa gracia con que hermosa cuanto ejecuta. En medio de las combustiones que necesariamente nacen de la guerra y de la revolución el general Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejero, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino. Era el azote del desorden, y, sin embargo, el amigo de todos".

"Su adhesión al Libertador y al gobierno —dice el propio Bolívar en la monografía que se ha mencionado— lo ponían a menudo en posiciones difíciles, cuando los partidos domésticos encendían los espíritus. El general Sucre quedaba en la tempestad, semejante a una roca, combatida por las olas, clavando los ojos en la patria, y en la jus-

ticia, y sin perder, no obstante, el aprecio y el amor de los que combatía".

Bolívar conocía, pues, las grandes aptitudes políticas de Sucre y sabía que tenía en él a uno de sus más adictos generales, por eso le confió luego más importantes y señaladas misiones.

El 16 de enero de 1820 confió Bolívar a Sucre desde San Juan de Payara una importante y delicada comisión que éste supo desempeñar con actividad y acierto. Le entregó para que adquiriera armamento en las Antillas sesenta mil pesos en oro y plata de la India, que había reunido en Cundinamarca el general Santander. Debía comprar fusiles, sables, papel, pólvora y plomo en caso de que no hubiesen llegado a Angostura tres o cuatro mil fusiles que allí debían entregarse al gobierno. Encargábale en segundo término conducir y entregar al gobierno de Cundinamarca por lo menos cuatro mil fusiles y hasta diez mil o doce mil, si hubieran llegado o estuvieran para llegar los que esperaban. Debería entregar así mismo otros elementos de guerra y de necesidad en el ejército. Para cubrir los gastos que esto ocasionara debería tomar lo que fuera preciso de la suma que se ponía en sus manos, si el gobierno no tuviera dinero para cubrir tales gastos y para usar los elementos y medios de transporte necesarios.

"Mi primer paso al llegar a Angostura —se adelantó el Libertador a decir al vicepresidente de Cundinamarca, en nota de 8 de diciembre de 1819— será remitir a V. E. cuantos fusiles pueda, que los conducirá personalmente el general Sucre, que llevo conmigo con este objeto. Cualquiera número de armamento que haya, irá en esta ocasión, y continuaré las remisiones tan frecuentes y abundantes como sea dable". Esta comunicación tiene fecha de 8 de diciembre de 1819, y fue con-

(9) O'Leary, Daniel Florencio. *Memorias*, cap. y págs. citados en nota precedente.

testada el 20 de enero subsiguiente (10).

Sucre partió a cumplir la importante y delicada misión que el Libertador le impartía, y regresó en abril con cuatro mil fusiles y gran cantidad de los elementos de guerra que se le había ordenado adquirir, y con ellos marchó luego para Cúcuta y Santa Fé después de haber dejado en Angostura lo que allí se le había ordenado llevar.

En 1820, cuando el Libertador proseguía la campaña libertadora de Venezuela, surgieron las primeras insinuaciones de entendimiento, por parte de Morillo, que dieron origen a los tratados de armisticio y de regularización de la guerra. Allí hubo de manifestarse de nuevo el talento de Sucre como diplomático. Obedecían tales insinuaciones a orden de Fernando VII, recibida por Morillo y causada por la revolución de Riego, que impedía enviar a América los necesarios refuerzos para la continuación de la guerra. Naríño, en sus famosas *Cartas*, escritas en Cádiz, que firmó con el seudónimo de Enrique Somoyar, habla de estos preparativos de tropas y barcos que se aprestaban para venir a continuar la lucha, ya impopular en España, contra los patriotas de América.

Morillo, fingiendo ignorar el lugar donde se hallaba el cuartel general del Libertador, se dirigió a los diversos jefes del ejército independiente y al Congreso de Angostura, a la vez que al Libertador mismo, para proponer un corto armisticio con el fin de tratar de la paz. Entre las instrucciones recibidas por Morillo estaba la de hacer jurar la constitución de 1812, expedida en Cádiz, que ya el rey había aceptado; mas Bolívar dio enérgica respuesta al general español en términos que no dejaban duda de la firme po-

sición en que se hallaba, y manifestando que para cualquier clase de armisticio a que se pudiera llegar sería preciso tener por base de las negociaciones el reconocimiento de la independencia de Colombia. Sólo con esta esencial condición recibiría a los comisionados y oíría sus proposiciones. Así lo declaró al coronel José María Herrera, ayudante del general Latorre, por medio del cual le había sido puesta en sus manos la solicitud del parlamento.

Llegóse al cabo a la designación de los negociadores que por una y otra parte habían de discutir y convenir los términos del tratado respectivo. Fueron nombrados por Colombia el general Antonio José de Sucre, jefe de estado mayor del ejército libertador, el coronel Pedro Briceño Méndez, y el teniente coronel y secretario de Bolívar José Gabriel Pérez. El general Morillo nombró como negociadores por parte de España a los señores don Ramón Correa, alcalde primero constitucional de Caracas, a don Juan Rodríguez Toro y a don Francisco González Linares. Secretario de Morillo fue don José Caparrós. Ellos reunidos en la ciudad de Trujillo, negociaron la tregua de la lucha.

Se acordó en primer término el tratado de armisticio y suspensión de hostilidades por el término de seis meses. Se señalaron en él los límites de los territorios que quedarían ocupando cada una de las partes contratantes y sus respectivas fuerzas militares, que debían permanecer en las posiciones que ocuparan en el acto de intimárseles la suspensión de hostilidades, y se señalaron las diversas condiciones en que debían ponerse en práctica los puntos principales del convenio. Se estipuló finalmente que se celebraría un segundo tratado de regularización de la guerra, de conformidad con las normas del derecho de gentes y las prác-

(10) Archivo Nacional de Colombia. Secretaría de Guerra y Marina. T. CCCXXIII, fls. 548 y 549.

licas humanitarias de las naciones civilizadas que pusiera fin a la guerra de exterminio.

El tratado de armisticio se firmó por las partes contratantes el 25 de noviembre de 1820, y recibió la aprobación de los jefes de los dos ejércitos contendores, generales Morillo y Bolívar el día 26.

Celebróse en seguida el tratado de regularización de la guerra, suscrito en la misma fecha, 26 del mes de noviembre. En él se dijo que los gobiernos de España y de Colombia deseosos de manifestar al mundo el horror con que veían la guerra de exterminio que había devastado los territorios americanos, "convirtiéndolos en teatro de sangre", y deseosos dichos gobiernos de aprovechar el primer momento de calma que se ofrecía para regularizar la guerra que existía entre ellos, conforme a las leyes de las naciones cultas y a los principios humanitarios, habían venido en nombrar comisionados que estipularan y fijaran un tratado de regularización de la guerra. Estos comisionados fueron los mismos que llegaron al convenio de armisticio.

Conforme a este tratado la lucha se efectuaría de acuerdo con los propósitos así manifestados; todo militar o dependiente de un ejército tomado en el campo de batalla, aun antes de decidirse ella, se conservaría como prisionero de guerra y sería tratado y respetado conforme a su grado hasta lograr su canje; serían igualmente prisioneros de guerra y tratados en la misma forma los tomados "en marchas, destacamentos, partidas, plazas, guarniciones o puntos fortificados", aunque fueran aprisionados en asaltos o en la marina aun al abordaje; los enfermos y heridos que se aprehendieran no se reputarían como prisioneros de guerra, serían asistidos en los hospitales y gozarían de libertad para restituirse a las banderas a que pertene-

cieran; los prisioneros de guerra serían canjeados por clases y grados, y comprendidos para ello los militares o paisanos que por partidas o individualmente hicieran el servicio de investigar para llevar noticias a su respectivo jefe.

Considerándose que la guerra se originaba en la diferencia de opiniones y que los combatientes se hallaban muy ligados por vínculos o relaciones muy estrechos, y deseando las partes contratantes evitar el derramamiento de sangre cuanto fuera posible, los militares que hubieran desertado de sus banderas y se aprehendiesen alistados bajo las opuestas, no serían castigados con pena capital; lo propio se entendería respecto de los conspiradores y desafectos de una y otra parte. De todas estas garantías y algunas más, que se señalaban en artículos subsiguientes del convenio, gozarían también los individuos que se hallaran prisioneros en aquel momento. Los cadáveres de los que "gloriosamente terminarían su carrera en los campos de batalla o en cualquier combate o choque o encuentro entre las fuerzas de los dos gobiernos", recibirían "los últimos honores de sepultura" y el ejército o cuerpo vencedor estaría obligado con este sagrado deber.

Los habitantes de los pueblos que alternativamente fueran ocupados por las armas de los gobiernos beligerantes, serían "altamente respetados" y gozarían de seguridad y libertad absoluta, cualesquiera que fuesen o hubieran sido sus opiniones, sus servicios o su conducta en relación con las partes beligerantes (11).

Bolívar se expresaba así de la actuación de sus comisionados: "la elec-

(11) Groot, José Manuel. *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, T. IV, apéndice, doc. número 17, págs. XXVI a XXVII. — O'Leary, Daniel Florencio, *Memorias*, T. II, págs. 53 a 57. Caracas, 1952.

ción había sido un acierto; Sucre, hombre de corazón, y Briceño Méndez, de estilo insinuante, podían impresionar muy profundamente a los negociadores del otro bando, y así fue en efecto."

Del general Sucre en particular, consignó los siguientes conceptos en la breve biografía anteriormente mencionada:

"Después de la batalla de Boyacá el general Sucre fue nombrado jefe de Estado Mayor General del Libertador, cuyo destino desempeñó con asombrosa actividad. En esta capacidad, asociado al general Briceño y coronel Pérez, negoció el armisticio y regularización de la guerra con el general Morillo el año de 1820. Este tratado es digno del alma del general Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello documento de la piedad aplicada a la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho".

Estas palabras autorizan para pensar que parte de los términos en que fue concebido el tratado son obra del general Sucre.

Poco después hizo Bolívar el elogio de Sucre que refiere O'Leary haberle oído cuando éste le preguntó al Libertador, a su entrada en Cúcuta, de regreso de Cartagena, quién era cierto oficial y mal jinete que salía a recibirle y que se le acercaba en aquel momento. "Este es uno de los mejores oficiales del ejército: —dijo Bolívar— reúne las condiciones profesionales de Scublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conocen ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día me rivalizará" (12).

Brillan aquí en este pasaje la gene-

(12) O'Leary, Daniel Florencio. *Memorias*.

rosidad de Bolívar y el concepto que de la nobleza y lealtad de Sucre había formado, a la vez que indica cuánta era la claridad de los talentos de éste como hombre de estado.

También, en otra ocasión, ponderó el Libertador el acierto y prontitud con que Sucre había desempeñado la comisión que le había dado para comprar armas, municiones y otros elementos necesarios, en las Antillas.

Establecido el armisticio y acordada la regularización de la guerra, manifestó el general Morillo vivos deseos de conocer personalmente a Bolívar y de tener una entrevista con él. El Libertador aceptó la propuesta que se le hizo para la celebración de esta reunión, y convino en que ella se efectuara en la pequeña aldea de Santa Ana, el día 27 de noviembre. Dirigióse a aquel lugar el general Morillo en la mañana del día fijado, llevando como escolta un escuadrón de caballería, y llegó a Santa Ana antes que Bolívar. Poco tiempo después llegó O'Leary a comunicarle que el Libertador estaba en camino y no tardaría en llegar al punto de reunión. Preguntó Morillo qué escolta traía el general, a lo que el edecán O'Leary le respondió que tan sólo venían en su séquito diez o doce oficiales y los comisionados realistas.

"Bien", dijo Morillo, —según refiere el propio edecán en sus *Memorias*—, "muy pequeña creía yo mi guardia para aventurarme hasta aquí; pero mi antiguo enemigo me ha vencido en generosidad; voy a dar orden a los húsares para que se retiren". Y así se efectuó inmediatamente.

Momentos después se avistó la comitiva de Bolívar, que descendía por la colina que domina la aldea de Santa Ana. El jefe español que había ido de riguroso uniforme, luciendo las insignias de las órdenes militares recibidas por sus servicios a la causa de Espa-

ña en la guerra de independencia nacional contra las huestes de Napoleón, se sorprendió de nuevo al ver que Bolívar llegaba con levita azul y gorra de campaña cabalgando en una mula.

Adelantóse Morillo, con el general La Torre y con los principales oficiales de su séquito, a recibirlo. Ambos generales se apearon de sus cabalgaduras y se saludaron con un estrecho y cordial abrazo, y se dirigieron en seguida a la mejor casa del lugar, donde el general Morillo había hecho preparar, como dice la citada relación del edecán O'Leary, "un sencillo banquete en honor de su ilustre huésped".

La relación del mencionado testigo presencial, dice que "en el curso del día y durante la comida se habló alegremente sobre sucesos de la guerra". Añade que los sentimientos de noble generosidad fueron tema de las conversaciones de aquella reunión que había llegado a ser "tan memorable en los anales de Colombia" cuando se escribían las **Memorias** que contienen la relación de este fausto suceso. Se dice allí que Bolívar parecía perdonar la "equivocada fidelidad que había privado a la patria de tantos de sus más distinguidos hijos" y que el general Morillo con tacto semejante e igualmente generoso al de su antagonista, "respetó la política rigurosa adoptada por su rival para asegurar la independencia de Colombia".

El general Morillo propuso, dentro de la mutua satisfacción y concordia, la erección de un monumento dedicado a consagrar para la posteridad el recuerdo de aquel día en que los representantes de Colombia y de España habían concluido el tratado de regularización de la guerra entre los dos pueblos, y que se procediera a colocar la primera piedra de la pirámide que había de levantarse allí para conmemorar aquel acto de mutua unión de españoles y colombianos.

En los brindis que se sucedieron durante el banquete se reafirmaron los sentimientos de generosa amistad, de mutua admiración al heroísmo de los dos ejércitos y al de los que habían muerto gloriosamente por la patria.

Morillo dijo: "Castigue el cielo a los que no estén animados de los mismos sentimientos de paz y de amistad que nosotros".

Acogida por Bolívar igualmente la idea de levantar allí el monumento propuesto por Morillo y del que debía colocarse ese mismo día la primera piedra, pusieron manos a la obra los oficiales patriotas y realistas allí presentes, "y uniendo sus fuerzas arrastraron una gran piedra cuadrada hasta el sitio indicado para que sirviera de base a la columna propuesta".

Este monumento levantado en el sitio mismo de la entrevista de Bolívar y Morillo simboliza hoy la cordial amistad existente entre las naciones hispanoamericanas y la Madre Patria.

Bolívar en carta dirigida a Morillo el día 30 del mismo mes le hablaba de las dificultades que existían para "elevar el monumento consagrado a nuestra reconciliación, a la tregua y al derecho común de los hombres. Bien merecía este monumento ser tallado sobre una mole de diamantes y esmaltado de jacintos y rubíes; pero está construido en nuestros corazones" (13).

Al general Santander le refería la entrevista de Santa Ana en estos términos:

"Nuestra entrevista ciertamente va a ser admirable e increíble entre nosotros mismos. Desde Morillo abajo se han disputado todos los españoles en los obsequios a que nos han distinguido y en las protestas de amistad hacia nosotros. Un aplauso a nuestra constancia y al valor que ha singularizado

(13) Bolívar, Simón. **Obras Completas**. Comp. por V. Lecuna, T. II, pág. 288.

a los colombianos, los vitores que han repetido al ejército libertador; en fin, manifestaciones de sus deseos por la amistad de Colombia a España, un pesar por los desastres pasados en que estaban envueltos su pasión y la nuestra, últimamente la pureza de este lenguaje que es ciertamente de sus corazones me arrancaron algunas lágrimas y un sentimiento de ternura hacia algunos de ellos”.

Y concluía el relato con estas sentidas palabras:

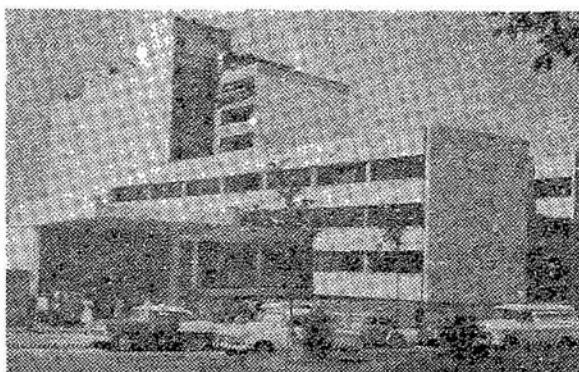
“El general Morillo propuso que se levantara una pirámide en el lugar donde él me recibió y nos abrazamos, que fuese un monumento para recordar el primer día de la amistad de es-

pañoles y colombianos, la cual se respetase eternamente” (14).

No aparece expresamente mencionado el general Sucre en el relato de esta entrevista, pero, como lo afirmó el Libertador en palabras antes citadas, en ella se celebraba el espíritu humanitario y altruista con que se había redactado el segundo tratado, el de regularización de la guerra, juntamente con la cesación temporal de las hostilidades. El general Sucre hacía parte, no obstante del séquito del Libertador en esta ocasión, como jefe que era de su Estado Mayor.

(14) *Ibidem*, T. II, págs. 284 y 285.

CENTRO COLOMBO AMERICANO



AVENIDA 19
Nº. 3-05
TELEFONO
Nº. 347-640

En su moderno edificio sigue ofreciendo sus cursos de Inglés y Secretariado Bilingüe en mejores condiciones.

Amplio plan de actividades culturales y sociales.

Magnífica Biblioteca circulante con facilidades de afiliación para todo el público.